

REFLEXIONES ACERCA DE LA ESTRUCTURA DE *LES CINQUANTE FRANCS DE JEANNETTE* DE DUCRAI-DUMINIL

CRISTINA SOLÉ I CASTELLS

Universidad de Barcelona, Lleida

Cuando el siglo XVIII tocaba a su fin, comenzó a tomar auge la figura de François Ducrai-Duminil. Sus cuentos, ampliamente celebrados por el público de su época, se vieron rápidamente relegados por el peso de los siglos, se vieron eclipsados a un segundo o tercer plano. Sin duda Ducrai-Duminil no supone una excepción a la triste fatalidad que Cronos suele asignar a la mayoría de los *conteurs*.

No quisiera entrar en disputa acerca del acierto o inconveniencia de esta realidad, que algunos justifican, para el caso que nos ocupa, en base fundamentalmente a una rigidez excesiva, y a una fluctuación constante de lo sublime a lo ridículo sin punto medio, provocada por una simultaneidad de conceptos excesiva y deficientemente estructurada.

Sin negar ni secundar tales teorías, quisiera limitar este trabajo al análisis de las principales estructuras de uno de sus cuentos: *Los cinquante francs de Jeannette*, el cual me ha parecido interesante, tanto por la gran cohesión de su construcción, como por su relativa originalidad, que minimiza, creo, los posibles aspectos poco brillantes de su obra y por tanto hace innecesario el olvido en el que se ha visto sumido.

El cuento se inicia con la pintura de un hogar feliz, cuya primera referencia nos viene dada por esta frase:

«M. d'Eranville avait fait un mariage d'inclination: il etait riche»¹.

¹ François DUCRAI-DUMINIL, «Les cinquante francs de Jeannette», Dans *Contes et Nouvelles Illustrés*. Ed. Gustave Havard. Paris, 1909, p. 68.

Desde este momento inicial, Ducrai-Duminil nos proporciona ya uno de los conceptos clave que va a regir la evolución del universo a lo largo del cuento: el dinero. En efecto, gracias a la capacidad adquisitiva del matrimonio d'Eranville será posible la introducción de Jeannette en el marco de ese hogar hasta entonces casi feliz, y que se convierte, a partir del momento de la adopción de Jeannette, en un aparente marco paradisiaco, presidido por la inocencia, la paz y la felicidad, aunque no exento de ciertos indicios de exageración, de desmesura, por parte básicamente de Rosalie. Esta situación tiene lugar precisamente a los doce años de matrimonio entre Rosalie y d'Eranville, y abre la vivencia de un tiempo «puente», a la vez final de una etapa y apertura de un posible futuro más próspero.

Sin embargo, desde el principio aparece un doble indicio indicador de que esta promesa no llegará a realizarse. Indicio anunciado, a nivel simbólico, por la acción conjugada de dos momentos decisivos: el decimoprimer año del matrimonio d'Eranville, y el cuarto año de la vida de Jeannette. En efecto, este «tiempo nuevo», esta «posibilidad futura», se verá empañada por el quebrantamiento de la ley natural de armonía cósmica, tan defendida en el Siglo de las Luces. Desde el año anterior a este momento, es decir, desde los once años de matrimonio, M. d'Eranville quedará marcado por su conducta antinatural, a causa de su falta de sensibilidad ante la muerte de M. Durand: en lugar de entristecerse y abrir su corazón al gesto noble del enfermo, d'Eranville es incapaz de ver más allá del materialismo pecuniario:

«Quoique riche, il ne put penser sans émotion que si le sort enlevait M. Durand, sa fortune allait s'accroître de plus de quarante mille livres de rente. Cette pensée fit sourire son esprit et, faut-il le dire? elle endormit sa sensibilité»².

Paralelamente es también significativa la insistencia del autor en el hecho de que con la adopción se «engaña a la naturaleza»³. Incluso la misma Rosalie, consciente de ello, pide perdón a Dios por haberse atrevido a semejante acto de prepotencia.

Por otra parte Jeannette, con sus cuatro años de vida, parece ser, en cierto modo, la prueba viviente de la triste realidad humana, presidida por

² F. DUCRAI-DUMINIL, *op. cit.*, p. 3.

³ *Ibidem*, p. 4.

la desmesura y la dehumanización: Jeannette es hija de una madre «más feroz que la leona, o que la pantera»⁴, dice Rosalie.

Tras los primeros años de estabilidad, el equilibrio del hogar adoptivo de Jeannette, un hogar no natural, empieza a desintegrarse: el nacimiento de Cecile supone la expulsión de Jeannette del seno familiar, identificado como «el universo sensible por excelencia», y su lanzamiento a la sociedad cruel y peligrosa. Ello irá necesariamente ligado a una variación económica: a partir de ahora ya no podrá disfrutar de bellos vestidos, ni de la vida de una dama, ni del cobijo futuro que le prometía la herencia de sus bienhechores. La situación se invierte, se naturaliza, de alguna forma, y Jeannette deberá ganarse su sustento por el trabajo.

El antagonismo en las situaciones de estos dos personajes (Cecile y Jeannette) será constante a lo largo de todo el cuento, pero, en todo momento, ambas heroínas estarán unidas por el centro motor de toda su acción: la amistad, el espíritu de solidaridad humana. Sus vidas constituirán el ejemplo más claro de la relatividad de la existencia, en la cual todo gira, aparece y desaparece constantemente, así como de la culminación de un proceso individualizador, característico del momento histórico, proceso que no por ello debe volverse individualista. Esta es la filosofía de Ducrai-Duminil, y éste es también el mayor reproche que hace a la sociedad de su tiempo. Así, el bienestar de Cecile se corresponde siempre con el malestar de Jeannette y viceversa. Por ejemplo: la rehabilitación de Jeannette ante los d'Eranville, supone el alejamiento de Cecile de su hogar. El descubrimiento del amor por parte de Cecile se corresponde con la época de más clara insensibilidad de Jeannette en este aspecto. El reencuentro del verdadero hogar de Jeannette, su descubrimiento del amor, y su época de más intensa felicidad implican la mayor situación de desamparo y soledad de Cecile: pobre, encarcelada, sin que nadie sea capaz de localizarla. Finalmente, el restablecimiento del bienestar de Cecile, conlleva el sacrificio supremo para Jeannette: la renuncia al hogar conyugal y su regreso a la tutela materna, con todas las implicaciones psicológicas y sociales que ello conlleva.

Cada uno de estos cambios de fortuna viene introducido a través de un viaje: así la marcha de Jeannette a Bagneux, de allí a Meudon, la instalación de Cecile en Meudon también, y posteriormente el largo viaje realizado con su padre, etc. Los viajes nunca son voluntarios, y por ello colaboran a la afirmación de un determinismo ciego por parte de las fuerzas naturales. Únicamente hay dos excepciones: la primera de ellas es la decisión, más o menos libre, de Jeannette, de regresar a su casa, pese a los consejos que recibe en contra, y más tarde su voluntad de ir a París para localizar a Cecile. Este gesto individualizador constituirá el preludio de la prueba capital de

⁴ F. DUCRAI-DUMINIL, *op. cit.*, p. 4.

la evolución de Jeannette, prueba tras la cual todo alcanzará una relativa estabilidad.

Reforzando el rol del «viaje», y muchas veces justificándolo, aparece también de manera constante la presencia de las «cartas», actuando mayoritariamente a modo de «avances premonitorios» de otra realidad diferente y nueva a la que nos conducirá posteriormente el viaje: será una carta de Rosalie la que motivará el viaje de Jeannette a Meudon, y luego a París. Será la carta de Mme. Dumerel a Mme. Linval la que provocará la deshonra y la pasión de Cecile, etc. La reunión de las dos mitades de una carta, certificará finalmente el origen de Jeannette.

A modo de resumen pues, cabría atribuir al binomio «cartas-viaje» un rol análogo al de las típicas «puertas» a las que tan acostumbrados nos tenía el teatro del siglo XVI.

Y complementándolo todo, no hay que olvidar que toda variación social o psicológica va ineluctablemente acompañada, incluso en ocasiones es provocada, por una variación del estatus socio-económico del personaje. En este marco podríamos agrupar los numerosos viajes que tienen lugar en el cuento en dos grandes núcleos opuestos: los del hogar d'Eranville y los del hogar Déricourt; cada uno de ellos estaría dominado por un «viaje-clave», alrededor del cual se constelarían otros viajes menores. Estos dos viajes-clave serían, la larga gira llevada a cabo por M. d'Eranville con su hija Cecile por un lado, y la marcha de Jeannette a Chartres por otro; en ambos casos existe un móvil económico: M. d'Eranville quiere al mismo tiempo huir de sus fracasos parisinos, e intentar cuantificar lo que le queda aún en provincias. Se trata de una situación-límite, que han venido anunciando la venta de la casa de Bagneux, con el correspondiente traslado de sus habitantes primero, y las constantes idas y venidas de Rosalie después y que concluye con la expulsión de las dos huérfanas de la granja, su último reducto, el último techo que les quedaba, a causa de las maquinaciones del antiguo amigo del difunto M. d'Eranville, al que se había confiado la protección de dicho lugar. Con el caos económico llega pues el desastre afectivo: la pérdida del hogar. A partir de aquí, cesa el movimiento descendente, y comienza a invertirse el sentido del ciclo existencial. El mismo Ducrai-Duminil lo expone claramente:

«C'était là le dernier trait dont le sort pouvait frapper nos amies: elles n'avaient plus rien à perdre: elles ne devaient plus appréhender de nouveaux malheurs»⁵

⁵ F. DUCRAI-DUMINIL, *op. cit.*, p. 11.

Queda claro que la razón de dicha inversión es, una vez más, básicamente económica: la sociedad voraz ha destruido el último rincón del afecto. A su vez, Jeannette y Cecile han aprendido bien su primera lección de mundología, y han sabido encontrar la manera de defenderse sin romper con sus principios: el **trabajo**. Su salida de Meudon y su instalación en París, inicia el proceso que culminará en el reencuentro del hogar para las dos, y en consecuencia, de una situación socio-económica estable. El desplazamiento de Jeannette de París a Chartres será el gesto clave, posible únicamente gracias a los cincuenta francos ahorrados con el trabajo.

No es difícil descubrir en la obra, como en gran parte de los cuentos del siglo XVIII, los esquemas de la novela caballescaca: en ambos casos los héroes salen desposeídos del hogar paterno, y van a forjarse un porvenir enfrentándose al **bosque**; la única diferencia es que en *Les cinquante...* las luchas y la guerra serán reemplazadas por el **trabajo** y la «**bienfaisance**», en este orden. En realidad, todas las obras de Ducrai-Duminil son un canto al trabajo y una alabanza del obrero, porque con su esfuerzo contribuye a construir una sociedad mejor. Así lo afirma el mismo Ducrai-Duminil de forma bien clara en *La paie des ouvriers*, cuento contenido en *Les soirées de la chaumière*:

«Je vais vous raconter cette histoire qui vous prouvera que tout homme est né pour travailler, et que le faineant cause souvent sa propre infortune, et celle de toute sa famille»⁶.

El trabajo será el medio por el que Jeannette llegará un día a alcanzar la madurez necesaria para ser capaz de renunciar al amor de su esposo, en aras de la felicidad de su amiga Cecile. De todas formas este gesto podría verse también como la manifestación del placer endocéntrico en el sufrimiento, esto es, como un acto masoquista. Tal vez Ducrai-Duminil haya dejado caer aquí a su personaje en uno de esos «excesos» de los que hemos hablado y que él tanto criticó, pero, al tratarse de un «exceso» de servicialidad, resulta perfectamente justificable básicamente por el momento histórico.

Pero el concepto de **trabajo** va más allá: el trabajo se erige en Ducrai-Duminil a la vez en un motivo y una excusa para mantener esa actividad frenética, trepidante, que caracteriza toda la obra del citado autor. Casi podría decirse que más que de trabajo como elemento iniciático, debería

⁶ Angus MARTIN, *Anthologie du conte en France, 1750-1799*. Union Générale d'Ed. Col. 10/18. Paris, 1981. p. 382.

hablarse de una auténtica obsesión creadora por parte de los protagonistas, constitutiva tal vez de la única válvula de escape contra el poder degradatorio del tiempo cronológico, asociada pues al principio de la vida, y opuesta a la pasividad, símbolo, o preludio, de muerte en todos sus cuentos.

A modo de conclusión, es interesante observar que a través de los movimientos constantes de fortuna presentes en el cuento, Ducrai-Duminil tiene el importante mérito de saber condensar en su obra, con gran maestría, toda la gradación ideológica y mental que abarca desde el optimismo ilusorio de principios de siglo, representado aquí por nuestras heroínas Jeannette y Cecile, hasta la concepción, triste y pesimista, típica del mundo prerromántico y romántico. Este papel corresponderá aquí a la sociedad, a personas como Mme. Dumerel, o el grupo de Mme. de Linval, etc., que acabará por apropiarse del ánimo y la energía de M. d'Eranville.

Por el contrario, Jeannette y Cecile, a través de un despliegue de energía y actividad casi sobrehumanos, logran vencer ese dragón de mil cabezas que amenaza con aniquilar lo que resta de **humanidad** al hombre. Ello puede llevarse únicamente a cabo mediante la erosión constante de la energía, único amuleto contra el estatismo. Por ello es imprescindible sumergirse al máximo en el trabajo, el movimiento, el viaje, y en general, toda acción encaminada a producir energía, una energía imprescindible para intentar amortiguar al máximo las consecuencias de las tres realidades que parecen presidir el universo del cuento: *a)* la realidad del ciclo existencial. *b)* La idea medieval de **premio o castigo** como resultante de la corrección o no seguida en el camino iniciático. *c)* La fatalidad, en el sentido de **destino** determinante a capricho del futuro de cada ser humano, y ordenador de todo lo real; recordemos que, como es tradicional en el siglo XVIII, Ducrai-Duminil rechaza, a través de su obra, todo dios y toda religión que no sea la puramente humana. Este tema da pie a los únicos momentos de ironía presentes en *Les cinquante...*, nota pintoresca por su contraste con la enorme seriedad de Ducrai-Duminil.